imperio extendido desde Arcángel hasta el Adriático formará una sola familia imbuida de un solo espíritu, tiene la misma seguridad entre ellos que el cumplimiento de las promesas evangélicas, extendiéndose desde el seno de la Iglesia á los búlgaros y á los montenegrinos en sus montañas; á los rumanos y á los sérvios á las orillas de sus rios; á los croatas en la opresion y á los griegos en las ruinas; apocalípsis gigantesco, en que de un lado se cae y se destroza un imperio con el estrépito con que cayeron y se destrozaron Nínive y Babilonia, miéntras de otro lado se levantan pueblos jóvenes con la hermosura de Cristo resucitado ó de los ángeles aparecidos á los profetas; para que se cumpla y se realice la emancipacion religioso-político-social de todo el Oriente. Y hé aquí, pues, el vapor que mueve esta guerra; la idea que impulsa los ejércitos; la aspiracion que se eleva, como el humo del hogar desde el techo de las cabañas abiertas como madrigueras en la tierra hasta el frontispicio de los palacios y el cimborrio de los templos; el cuento que la abuela narra á sus netezuelos para adormecerlos en la cuna; y la leccion que el profesor explica á la juventud desde las alturas de su cátedra: al filo de los sables rusos caerá el mahometismo, y al conjuro del genio ruso la cruz griega se levantará hoy sobre Santa Sofía de Constantinopla, y mañana sobre los altares y sobre las ruinas de la Ciudad Eterna.

UNA RELIGION DECADENTE.

En el capítulo anterior expusimos los progresos de la religion griega en Europa; y ahora, en este capítulo, vamos á exponer la decadencia de la religion mahometana. Jamas diré yo que la cuestion de Oriente sea una pura cuestion religiosa, y jamas negaré que la cuestion de Oriente se exima del influjo religioso, no siendo una sola cuestion sino como una serie de cuestiones emanadas directamente de otra serie de ideas. Por un lado toca en las altas cimas de la religion y de la metafísica miéntras por otro lado toca en los bajos de la utilidad y de la economía. Por regla general todas las grandes cuestiones son así, de esta misma suerte. Las Cruzadas de la Edad Media aparecen como un movimiento religioso que recaba el sepulcro de Cristo y resultan como un movimiento social que mece la cuna de nuestra democracia. Siempre, en todo tiempo, una idea contiene mucha vida, y la vida presenta muchos aspectos. Ese problema de Oriente para un descreido y superficial hijo del siglo, puede aparecer como un problema de pura

política; más para el que ahonda en las cuestiones, reune al aspecto político el aspecto religioso, que en las trascendentales problemas del mundo se interesa toda la sociedad y la sociedad multiplica y eleva todas las humanas facultades.

Despues de la religion griega vemos en Oriente su opuesta, la religion ismaelita. Y así como, al tratar la religion griega, hemos comenzado por exponer el pensamiento de sus sectarios y hemos concluido por exponer nuestro propio pensamiento, al tratar la religion musulmana empezarémos por exponer el pensamiento de sus apologistas y concluirémos por exponer nuestro propio pensamiento. El mahometismo cuenta defensores en Europa, no ya entre aquellos que lo profesan como una religion de su vida, sino entre aquellos tambien que en nuestra religion se han educado. Un gran escritor inglés comenzó hace algun tiempo este trabajo de rehabilitar el mahometismo; y un escritor frances, que á profundidad de inteligencia reune gracia incomparable en el estilo, ha trazado en libro lleno de paradojas atrevidísimas y de audaces pensamientos, la apología del triste enfermo que agoniza á las orillas del Bósforo y la defensa de sus creencias y de sus supersticiones. Al oirlo, creeriais oir un santon musulman educado en la escuela de Hegel. Sus comentarios semejan á bordados de cinceladuras europeas puestas sobre jaspes y azulejos de Oriente, á grecas, á guirnaldas, á grotescos de Ghiberti ó de Udina, tendidos por una capilla de Córdoba ó un patio de la Alhambra.

El Asia, y no Europa, representa el cerebro de la humanidad. Nuestro continente da sólo comentadores de los dogmas; pero el continente asiático da los dogmas mismos en su ingenuidad y en su esencia. Y esta ebullicion del pensamiento asiático no ha cesado todavía. Miéntras aquí morimos por la organizacion del Estado, ó por la tarifa del trabajo, allí se pelea y se muere por la idea religiosa y por las abstracciones metafísicas. Los penitentes oran todavía en las selvas, los profetas hablan á los desiertos, los hijos de Dios descienden de los cielos, y los mártires del idealismo riegan la tierra con su fecundante sangre. El fundador del Babismo en Persia no encuentra jueces ni verdugos entre los musulmanes, y no hubiera muerto mártir sino le matan los fanáticos nestorianos. Allí, en torno de los fundadores de religiones, se extiende bien pronto el genio de la poesía que los saca de las tristezas de la realidad y los diviniza en los cielos de la leyenda. Al oriental no le importa que ni Jeremías, ni Isaías, ni Salomon, ni el salmista hablen de Moises; él perpétuamente lo verá en las arenas del desierto, en los espejismos del ocaso, en el humo de los vapores exhalados por las montañas, en todas partes, porque lo lleva dentro de sí mismo, en el seno fecundísimo de su alma.

Mahoma, en esa tierra de Asia, es el reivindicador de la unidad de Dios en toda su pureza. Cuando él apareció, la religion de Cristo se habia trocado en una religion política con su exaltacion al trono de los Césares; la pura unidad del Dios hebreo se habia perdido en los dogmas trinitarios y en la apoteósis de María; miéntras unos cristianos se iban á la córte de los césares bizantinos á

comentar estúpidamente las sutilezas de sofística teología en decadencia, otros se iban á atizar los furores demagógicos y las utopias comunistas de los ebionitas y de los gnosticos; el maniqueo resucitaba la dualidad persa, y ponia el diablo á la altura de Dios, miéntras el montanista anticipaba diez siglos el protestantismo y su libertad de pensar; dobles guerras, en Occidente por las herejías sobre la persona de Cristo, y en Oriente por las interpretaciones á los libros de Zoroastro, lanzaban sobre Arabia sectarios de todos los cultos, vencidos de todas las causas, apóstoles de todas las doctrinas, que llevaban con la tempestad de sus pasiones el hervidero de sus ideas; y como siempre que el espíritu humano se agita de esta suerte y despide por todas partes efluvios de su sér y estelas de su pensamiento, un hombre extraordinario se eleva en la tierra de los profetas y en la raza de los héroes, concentra en sí toda la vida, y opone á las divagaciones metafísicas de tantas sectas teológicas un sentido práctico, al paganismo extincto del Asia la viva unidad de Dios, idea fecundísima, rayo de las nubes á cuyas chispas se fundieron los ídolos, rayo de sol á cuyo calor se animó en la vida un nuevo espíritu.

Los apologistas del mahometismo dicen que en Mahoma concluye el reinado de la teología y empieza el reinado de la ciencia; que su política da la direccion de las sociedades al más sabio y tiene únicamente por sabio á quien lo sepa todo; que su empeño principal consistió en buscar la luz hasta en los últimos extremos del mundo y en los más apartados rincones de la tierra; que su moral ofrece el mismo carácter de unidad dado á su religion; que su espíritu toca al espíritu moderno imbuido de la más ámplia tolerancia, diciendo á los judíos y á los católicos: «Vuestro Dios y el nuestro es uno mismo»; que su razon serena expulsa los milagros de todas las concepciones teológicas; que su amor á lo absoluto se exhala en palabras sublimes como la incomparable de que todas las sombras de los seres van á inclinarse con humildad ante el nombre incomunicable del Eterno.

Para estos predicadores de la religion semítica la mezquita es como el templo de la igualdad; la peregrinacion á la Meca, como la liga anfictiónica de las almas; la mujer de los serrallos, como el tipo natural de la madre; la pena del talion, como el código de la naturaleza; el fatalismo como la gravitacion de las sociedades humanas; la apoteósis del sable, como la fuerza puesta á servicio de la idea; el Islam en sí, como el eslabon único entre la antigua y la moderna historia; la ciencia nuestra, como la hija legítima de la ciencia enseñada en Bagdad, en Córdoba, en Sevilla; el espíritu europeo, como una de las derivaciones de ese espíritu semita y profético que acabó con la idolatría en la Kaba y dió con la unidad de Dios base incontrastable á la metafísica y á la vida. Las ciencias le deben al mahometismo el descubrimiento del apogeo del sol; la redaccion de las tablas náuticas y astronómicas que sirvieron para sus viajes á Vasco de Gama y á Alburquerque; la aplicacion del Algebra á la Geometría; el ácido sulfúrico y el ácido nítrico; dos mil plantas añadidas al herbario de Dioscórides; los adelantos mayores de la Medicina y el establecimiento de la farmacia; el sistema hidráulico que riega los más hermosos edenes de nuestra

Península, y la arquitectura de los monumentos cordobeses y sevillanos y granadinos, de suerte que su pensamiento ha cultivado y estudiado desde el grano de arroz perdido en las lagunas hasta el astro luminoso perdido en los espacios.

A la verdad, así como en la naturaleza hay una química universal á cuyas operaciones contribuyen las corrientes magnéticas y eléctricas; así como en la atmósfera hay un círculo de vapores por las emanaciones que extraen de las aguas los rayos del sol y una correlacion misteriosa entre la ola que palpita en el mar y la nube que se agarra á la montaña, entre el humillo que se levanta del surco y el rocío que tiembla en la hoja del árbol; así como entre nuestro sol y las nebulosas existen misteriosas armonías como existen en cada uno de nuestros pulmones retortas que liquidan lo gases, y en las fibras de los vegetales instrumentos que solidifican los líquidos; en la historia, en la sociedad, en sus operaciones várias, en la misteriosa elaboracion de sus elementos hay como una máquina misteriosa que convierte el espíritu en várias instituciones, las ideas en sólidos hechos, las leyes del pensamiento en leyes de la historia; y no cabe dudarlo, una trasformacion como la producida por el Koran, una personalidad como la elevada á las alturas de la historia en el genio de Mahoma, una ebullicion de ideas como la impulsada por tantos dogmas y tantos principios lanzados á los cuatro vientos por la palabra inspirada del singular profeta, han debido formar parte considerable de las sólidas bases de la vida en nuestras agitadísimas sociedades, visitadas por tantas ideas contrarias, heridas por tantas guerras crueles, sujetas á metamórfosis de tan diversa índole, y que no saben todavía de dónde han venido muchos de aquellos principios á cuya virtud fian completamente su existencia. Así como tenemos en nuestro cuerpo átomos de todos los seres, tenemos en nuestro espíritu ideas de todas las religiones y de todas las ciencias: que de esa suerte se verifica en el mundo la milagrosa trasformacion de las almas.

Pero nosotros, que hemos examinado con verdadera imparcialidad la religion de los griegos, aunque toca por algunos puntos á la religion de nuestra infancia, podemos con igual imparcialidad examinar la religion de los musulmanes, aunque largas tradiciones históricas del genio nacional nos hayan educado en una especie de invencible horror á sus principios. Las religiones pueden ser juzgadas en sí, en su espíritu absoluto, y juzgadas en su vida histórica, desde el momento de su aparicion hasta el momento de su decadencia ó fin sobre la tierra. En un trabajo filosófico, el primer punto de vista sería preferible; en el trabajo histórico es preferible el segundo. Al aparecer Mahoma reinaba la confusion mayor entre los cristianos de Oriente, y el paganismo más sensualista entre los infieles. La Biblia, que contenia la idea madre de la cultura moderna con llevar y contener la idea de la unidad de Dios, pudo dar con Cristo una religion á Occidente, guardando todavía virtud bastante á dar con otro revelador y otro profeta una religion nueva al Oriente. Así el patriarca Abraham es nuestro padre comun, el padre de los hebreos, el padre de los cristiatianos, y el padre tambien de los musulmanes. Así el